

JUAN DE DIOS BARES

Universitat de València

Géneros literarios y filosofía antigua

Literary Genres and Ancient Philosophy

Recibido: 16/5/25. Aceptado: 17/5/25

ES HABITUAL OÍR HABLAR de las relaciones entre literatura y filosofía. En la actualidad la mayoría de las veces el pensamiento filosófico se manifiesta en forma de monografía, artículo o ensayo en prosa. Llama la atención si un pensador recurre a un registro diferente y se expresa, por ejemplo, en términos narrativos, aforísticos o poéticos. Se reconoce, sin embargo, que hay aspectos filosóficos relevantes en otro tipo de manifestaciones literarias, como el teatro, la novela o la poesía. En la antigüedad grecolatina el panorama es algo diferente. La filosofía está muy próxima, o se identifica con la sabiduría sin más. Su medio de desarrollo es primordialmente la oralidad, y su vinculación con los géneros literarios es mucho más amplia y flexible que en otras épocas. La poesía, el diálogo, el tratado científico, el drama, la sátira, el discurso retórico, el comentario, etc., son, entre otras, modalidades a las que la filosofía recurre para difundir sus contenidos e influir en la sociedad. Pretendemos reunir un conjunto de artículos que traten, o bien sobre la problemática general de la relación entre la filosofía y los géneros literarios en la filosofía antigua, o bien sobre la presencia de la filosofía en diferentes obras y autores considerados como literarios, o bien sobre la relación con los géneros literarios de las diferentes corrientes filosóficas del mundo grecorromano.

El mismo título de este volumen es, en parte, equívoco. En nuestras bibliotecas se almacenan anaqueles enteros de artículos y monografías que tratan de la relación de la filosofía con la literatura, o sobre poesía y filosofía, o filosofía y narrativa, etc. En realidad, el simple rótulo que presenta filosofía y géneros literarios como dos polos distintos que se relacionan plantea ya interrogantes complejos que requieren un examen profundo.

En primer lugar, está la cuestión de qué es un género literario. Podríamos decir, con Todorov, que un género literario es la codificación constatada históricamente de las propiedades discursivas (TODOROV 1996, 54), propiedades que pueden pertenecer a aspectos sintácticos, semánticos, pragmáticos o verbales del texto (TODOROV 1996, 52). Los géneros literarios son clases de textos que tienen unos rasgos comunes. En la literatura griega tuvieron un papel crucial en su catalogación y conservación en el periodo helenístico y con ello coadyuvaron a establecer un canon normativo que influyó en la literatura occidental. Sus comienzos suelen ubicarse en la *Poética* de Aristóteles. En realidad, la versión clásica de dichos géneros, con su triple escisión en épica, lírica, drama es resultado del neoclasicismo¹. La distinción y el estudio de las propiedades de los géneros, como veremos más abajo, surge en el seno de la filosofía misma, pero venían funcionando desde antiguo. Los géneros literarios evidencian la relación de la literatura con el contexto, y la creación literaria se orienta desde temprano hacia determinadas formas y contenidos aceptados en el seno de la sociedad. Naturalmente, los géneros no son en modo alguno un fenómeno estático, los contornos de sus productos, las reglas que rigen su composición, varían con el tiempo. Hablamos de “géneros literarios” en sentido amplio, porque en la literatura griega la matriz oral está siempre presente. El texto no tiene la autonomía que adquirirá posteriormente y muchas de las manifestaciones regladas que comandan la producción artística tienen su plasmación en manifestaciones orales. En muchos casos la fijación en un texto, que es a lo que tenemos acceso, es solamente una parte de un complejo más amplio, recitado, canto, declamación o puesta en escena². La importancia de la oralidad resulta determinante para comprender la literatura y el pensamiento griegos. La oralidad es más dinámica y plástica que la escritura. La cultura griega es una cultura oral que se sirve de lo escrito. Lo escrito tendrá siempre un valor secundario.

La filosofía, por su parte, comienza su andadura a comienzos de la época arcaica. Aunque el primero de los filósofos no escribió nada, pronto comenzarán a circular una serie de textos que, con el tiempo, los propios griegos catalogarán como filosóficos. No resulta fácil definir en qué consiste la actitud filosófica, más allá de una afirmación general acerca de determinadas actitudes y preferencias por esquemas de argumentación y explicación racionales en temas que abarcan desde el origen y la estructura del todo, hasta la indagación de la naturaleza humana, de la sociedad y del conjunto de sus manifestaciones. Sobre todas estas

¹ Riu (2003, 32). En la *Poética* de Aristóteles no se toma en consideración la lírica. Su inclusión junto a la épica y el drama se produce en el XIX en la conjunción del neoclasicismo y el romanticismo.

² Por ello, siguiendo a Todorov, Riu (2003, 35) cree que es más acertado hablar de “géneros del discurso” que de “géneros literarios”.

cuestiones diserta el trabajo “La filosofía antigua como tradición literaria especial: oralidad y escritura” de Ramón Román Alcalá, recogido en este volumen . El profesor Román desarrolla una amplia caracterización de la conformación de una tradición literaria especial que se reconoció como “filosófica” y que adopta diversos tipos de textos, desde los *Diálogos* platónicos hasta las obras historiográficas que confluyen en las *Vidas* de Diógenes Laercio. Ciertamente el conjunto de textos filosóficos y doxográficos que nos permite seguir dialogando de manera siempre renovada con los antiguos sobre los problemas no resueltos de la filosofía, como señala el autor en las páginas finales de su estudio.

¿Es la filosofía algo que puede preexistir aparte de los géneros literarios y entrar en una relación con ellos? Podemos imaginarnos al filósofo —si es que existe alguien así y no es una proyección posterior—, eligiendo entre los diferentes tipos de expresión literaria establecidos con el fin de transmitir su mensaje. Pero este es un cuadro un tanto simplista. Las diferentes manifestaciones literarias configuran la cultura y no es fácil separar forma y contenido. La determinación de qué es un género literario concreto es algo complejo, flexible, cambiante y que adopta perfiles borrosos. Hay géneros que se cruzan con otros y que se extienden a través de otros, según sean las propiedades discursivas que se tienen en cuenta a la hora de delimitarlos. No es sorprendente, en tales circunstancias, que importantes escritores y pensadores haya presentado a la misma filosofía como un tipo de literatura. Citemos, por ejemplo, a Borges:

Los metafísicos de Tlön no buscan la verdad ni siquiera la verosimilitud: buscan el asombro. Juzgan que la metafísica es una rama de la literatura fantástica (BORGES 2000, 29)

Que la filosofía comienza por el asombro es algo bien sabido por los filósofos griegos. La provocadora frase de Borges parece tener como presupuesto que la marca distintiva de la filosofía frente a otros modos de razonar es la preocupación por la verdad. La metafísica de los habitantes de Tlön se despreocupa de compromisos ontológicos. No busca la verdad. Tampoco la verosimilitud, un tipo de ficción que mantenga una conexión de símil o imitación de la verdad, sino que es un simple juego literario sin conexión alguna con el mundo real. No es Borges el primero en afirmar de la metafísica tal cosa, Carnap, en “La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje”, ya lo había hecho, acusando a buena parte de la tradición filosófica de sinsentido. Borges, el auténtico metafísico de su relato, estaba interesado en la metafísica desde lo que él entendía como un punto de vista literario, como un material para emplear en la confección de sus ficciones:

No soy filósofo ni metafísico; lo que he hecho es explotar, o explorar —es una palabra más noble—, las posibilidades literarias de la filosofía. (...) Yo no tengo ninguna teoría del mundo. En general, como he usado los diversos sistemas metafísicos y teológicos para fines literarios, los lectores han creído que yo profesaba esos sistemas, cuando realmente lo único que he hecho ha sido aprovecharlos para esos fines, nada más³

En realidad, Borges está presuponiendo una diferencia entre filosofía y literatura. Son los metafísicos de Tlön los que cultivan una metafísica literaria. Él mismo pretende ser uno de ellos, al fin y al cabo todo depende de qué se entienda por filosófico. Buscar la verdad o la verosimilitud, elaborar una teoría del mundo, profesar sistemas no es la única manera de hacer filosofía. El mismo Borges reconoce una posición filosófica tras su juego literario:

Dos tendencias —decía Borges— he descubierto, al corregir las pruebas, en los misceláneos trabajos de este volumen. Una, a estimar las ideas religiosas o filosóficas por su valor estético y aun por lo que encierran de singular y maravilloso. Esto es, quizá, indicio de un escepticismo esencial (BORGES 1980, 305)

El esteticismo y el escepticismo son dos ejes para comprender el pensamiento del escritor argentino. No es nuestra intención detenernos en ello.

Gilles Deleuze tomó como inspiración las palabras de Borges y habla de las obras filosóficas como obras de ciencia ficción (CHERNAVSKY 2012, 14). Deleuze entiende la literatura como un lenguaje dentro del lenguaje. El lenguaje filosófico parece estar determinado para él por el juego conceptual que es una parte del lenguaje con una gramática y unas reglas.

¿Es la filosofía, entonces, un género literario sin más, deberíamos haber titulado este trabajo “Los demás géneros literarios y la filosofía antigua”? ¿Forma parte el género literario de la “forma” que reviste el pensamiento cuyo contenido pueda desligarse sin más de él? ¿Puede distinguirse entre forma y contenido, o habríamos de dirigirnos a la postura derridiana de la escritura como arabesco?

Nuestra propia tradición filosófica hispana, debido quizás a la fractura que ha separado nuestros clásicos metafísicos del XVII del pensamiento a partir del XIX ha sido muy sensible a la cuestión del modo de expresión de la filosofía y su relación constitutiva o no con los géneros literarios. Piénsese en nuestro Unamuno, cuyos relatos de narración cruzados por intensa reflexión le llevaron a acuñar el término “nivola”. El pensador vasco llamaba asimismo a su ensayo *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* una “poesía o

³ Son declaraciones de Borges en una entrevista con María Esther Vásquez (VÁSQUEZ 1977, 107).

fantasmagoría, mitología en todo caso” (MARÍAS 1954, 27); o en nuestro Ortega, que, formado en la tradición alemana, encontraba imposible transmitir su pensamiento en el formato que cultivaban sus maestros, la monografía o el artículo especializado, y tuvo que explorar formas de difusión más accesibles para el público de habla hispana de la época.

El mismo Ortega señalaba como una característica especial de la filosofía su fundamental inadecuación y su renuencia a adoptar un formato determinado, por lo que en todas las épocas ha estado conminada a una especial inadecuación que la hacían frecuentar una multitud de géneros literarios sin quedarse encerrada en ninguno de ellos de manera definitiva.

Así,

Tal vez, debía repararse más en que nunca ha habido un *genus dicendi* que fuese, de verdad, adecuado como expresión de filosofar. Aristóteles no supo cómo resolver este problema que los tontainas desconocen. Gracias a que conservaba notas íntimas para sus lecciones conservamos su pensamiento. ¡Yo he tenido que aguantar en silencio durante treinta años que los tontainas me acusen de no hacer más que literatura, y lo que es peor, que mis discípulos mismos, crean debido plantear la cuestión de si lo que yo hacía era literatura o filosofía y ridiculeces provincianas de esa jaez! (ORTEGA 1965, 404)⁴

Es tal vez por su propia circunstancia histórica por la que Ortega proyecta su incomodidad con cualquier género literario a la entraña de la filosofía misma. De este modo, aborda el *modus dicendi* de varios filósofos como Parménides, Heráclito o descartes. De su manera de abordar a Heráclito, Chamizo Domínguez (1985, 358) dice lo siguiente:

Precisamente porque Heráclito se sabe un hombre distante, porque se sabe un “dios” y de “real” cuna, puede permitirse hablar desde sí mismo, utilizando “el ‘sugerir’ como el modo de decir propio a la filosofía” (O. C. IX, 405), al modo como sugerían sus mensajes los oráculos y las sibilas

Ortega no es el primero en esto. Sorprendido por la falta de una exposición sistemática de su pensamiento y el recurso a la fórmula apotegmática, Teofrasto había explicado la oscuridad y fragmentariedad de la expresión del efesio achacándola a su carácter melancólico.

Heráclito no habría dicho nunca de sí mismo que era un filósofo. El término que seguramente le cuadraba era el de *sophós*. De hecho, habla con manifiesta ironía de los “filósofos”, los pitagóricos de su tiempo, polímatas

⁴ Chamizo (1985, 355) cita y comenta este importante pasaje orteguiano.

que guardaban en secreto su saber, o al menos lo hacían objeto de una fuerte reserva.

Más revelador aún es lo que nos cuenta Ortega sobre Parménides:

Todo esto es guardarropía solemne que Parménides extrae de las viejas arcas y le sirve de disfraz, precisamente porque es para él disfraz. Y lo único a lo que estamos obligados es a explicarnos por qué, para decir lo suyo este hombre, necesita un disfraz, esto es, cree oportuno fingir un decir religioso, mitológico y hacer que sus ideas nos lleguen retumbando como truenos desde lo alto, emitidas patéticamente, en tono de revelación, de apocalipsis, por los labios de una diosa (ORTEGA 1965, 404)

La palabra “disfraz” refleja nítidamente la existencia de una distancia entre el pensamiento de Parménides y su expresión. Es muy posible que el recurso a poner sus palabras en boca de la divinidad —que ya había empleado Hesíodo— sea una estrategia del autor. Pero Ortega está suponiendo que el contenido del Poema de Parménides, su núcleo racional, es consistente independientemente de la forma en que decidió escribirlo. Es algo que no está tan claro. Más allá del proemio, Parménides encarnó su pensamiento en un poema, no por buscar un disfraz, sino porque era el hábito más natural para ese contenido en su época. Antes de la eclosión sofística, la presencia de la prosa en la literatura griega tenía un papel muy residual, restringida a círculos muy restringidos. La obra de Ferécides, algunos escritos de los milesios, seguramente algunos tratados médicos. El recurso a la poesía “didáctica”⁵ es algo completamente natural, no había otra forma de comunicación sólidamente establecida para ese tipo de contenidos. Parménides *no* decidió no escribir un tratado en prosa y disfrazó su pensamiento bajo una forma poética, por la sencilla razón de que no había tratados en prosa sobre esos temas en su época, y lo mismo vale para Heráclito. Lo que hoy llamamos filosofía ni siquiera había adquirido ese rótulo. El saber de los poetas líricos, de los cantores épicos, es el propio del *sophós*. No está claro cuándo empezó a usarse el término *philosophos*. Es posible que lo acuñara Pitágoras para su saber contemplativo, pero no se usa como término que abarque lo que luego se llamó filosofía hasta el siglo v. En toda la época arcaica el filósofo no se distingue del autor literario, el *poietés*, término que no empieza a circular hasta la época clásica. No está atestiguado su uso antes de Heródoto (RODRÍGUEZ ADRADOS 1989, 16).

⁵ El término lo emplea Adrados: “Hay poetas como Parménides y Empédocles que continúan la poesía didáctica hexamétrica, a la manera de Hesíodo (RODRÍGUEZ ADRADOS 1989, 19). No sé si el adjetivo “didáctico” es aquí acertado para todos estos autores. Alberto Bernabé Pajares en su trabajo en este volumen ofrece apreciaciones más matizadas sobre este punto, a mi parecer.

Sobre las complejas relaciones entre filosofía y géneros literarios en la época arcaica contamos en este colectivo con la contribución “Géneros literarios y filosofía presocrática”, del profesor Alberto Bernabé Pajares, autor de una conocida traducción de los filósofos presocráticos y de numerosos trabajos en este campo. El autor analiza detenidamente, con una precisión mucho mayor de la que podemos alcanzar en esta introducción, los antecedentes literarios a la filosofía presocrática, la épica, la lírica, la máxima y las primeras obras en prosa. Luego pasa a analizar las diferentes opciones expresivas con las que contaban los presocráticos: el verso épico, la tradición gnómica, el tratado en prosa y sus diversas variantes. Acaba con dos casos peculiares, Epicarmo y la comedia siciliana, antecedente del diálogo platónico, y el papiro de Derveni, comentario de un poema órfico compuesto en la época clásica y que nos ha llegado al margen de la tradición manuscrita que pasó por las grandes bibliotecas de la antigüedad, los monasterios medievales y los eruditos bizantinos.

Será en la época clásica cuando el *poietés* y el filósofo comiencen a separar sus caminos. Con el correr del tiempo, habrá un tipo de obras que los propios griegos etiquetaban como filosóficas.

Posiblemente, fueron los vuelos de la especulación filosófica a comienzos del siglo v los que pusieron en el punto de mira de la comedia actitudes como las de Anaxágoras, Arquélao o Diógenes de Apolonia. Encontramos frecuentes burlas que remedan sus razonamientos en la obra de Aristófanes. Empezaba así a delinearse la *palaia diaphorá* que menciona Platón en la *República*. También en esta publicación, Francesc Casadesús presenta “La comedia convertida en tragedia: el caso de Sócrates”, donde analiza pormenorizadamente las alusiones a la disputa entre poesía y filosofía en la *República* y abunda en los argumentos de Most, quien conjeturaba que constituyen alusiones a la obra de Aristófanes y posiblemente refieren a una versión temprana de su obra *Las Nubes*, que vilipendiaba la figura del filósofo ateniense. El propio Sócrates vio en esta obra una de las razones por las que la opinión pública ateniense llegó a tener una opinión falsa de su persona y una de las causas por las que fue llevado a juicio. Como veremos a continuación, es en cualquier caso el propio Platón el auténtico responsable del divorcio entre poesía y filosofía. También es cierto que este divorcio coadyuvó a la toma de conciencia de la especificidad de una y otra. Él y su discípulo Aristóteles son los responsables de la toma en consideración en la literatura griega de sus modos de expresión y de la organización de eso que se dio en llamar “géneros literarios”.

En Platón tenemos la distinción entre los distintos tipos de poesía dependiendo de su relación con la imitación en *Rep.* 392 d, y luego en las *Leyes* 700ab, 799d, una enrevesada clasificación de los diferentes tipos de poesía

“lítica”⁶. Serán, sin embargo, los complejos intentos de distinción entre géneros de Aristóteles en la *Poética*⁷ los que actuarán como pauta para la tradición posterior y funcionarán como criterio de organización de estas obras en las bibliotecas, así como de canon que orientaba la producción poética.

En el caso de Platón, la distinción entre poesía y filosofía adquirirá tintes dramáticos y acabará con la petición de la expulsión de los poetas de la ciudad ideal. El motivo será aquel que determinó su aversión a la sofística. El mismo Protágoras en el diálogo que lleva su nombre manifestaba que su oficio era el mismo que el de Homero, Hesíodo y los demás poetas, y que no era otro que el formar buenos ciudadanos inculcándoles la *areté*. Platón hace suya esa idea cuando viene a decir en la *República* que Homero es el educador de Grecia. La influencia de la epopeya y las obras dramáticas en la formación de los futuros guardianes de la ciudad ideal le lleva a defender la existencia de una feroz censura. En este número se incluye “La crítica a la tragedia en el libro décimo de la *República* de Platón”, de Begoña Ramón Cámara, que aborda los textos centrales en los que Platón desarrolla su crítica a la tragedia y la poesía en general y la expone en el contexto del conjunto del pensamiento platónico sobre la virtud y la educación en la *República*.

Con Platón, el filósofo se distancia radicalmente del *poietés*, y en general, de la sensatez popular. Su mirada acostumbrada a la claridad de lo ideal se encuentra deslumbrada y torpe en las cosas del mundo empírico y es menospreciado por los que viven en el mundo de la opinión. El filósofo se atiene al ejercicio de la razón y busca la verdad. Su camino se separa definitivamente del artista interesado solamente por producir placer mediante el recurso irreflexivo a una belleza superficial. También rompe los lazos con la sofística, el dominio del arte retórica y la capacidad de persuadir. Presume de interesarse por las cosas mismas y no por cómo se dicen.

Esta ruptura es, en realidad, mucho más aparente que real. Platón no está dispuesto a dejar la capacidad de convicción y las armas de la retórica en manos de su enemigo teórico y trata de ponerlas al servicio de la verdad. El enemigo de la poesía se vuelve poeta y presume de ser capaz de componer “la más verdadera tragedia”. De este modo, el filósofo ateniense forja el primero de los géneros literarios específicamente diseñado para acoger la filosofía: el diálogo filosófico.

Es un tópico decir que el diálogo filosófico es un género muerto, que no sobrevivió a la antigüedad clásica. No es aquí el lugar de tratar si los diálogos medievales, en el renacimiento, el barroco son auténticos herederos de la in-

⁶ Un buen estudio sobre el particular en Riu (2003, 44 y ss.).

⁷ Castillo Merlo (2021) pone en conexión el tratamiento de la literatura en la *Poética* con las categorías de *phýsis* y *téchne* en Aristóteles, tratando de mediar entre las interpretaciones más filosóficas y las más literarias de esta obra.

vención platónica. En un sentido más profundo, podríamos afirmar que toda la literatura filosófica es diálogo, en tanto que apela al lector y está abierta a examen y respuesta. Lo afirma otra vez Ortega:

El lenguaje es por esencia diálogo y todas las otras formas de hablar depotencian su eficacia. Por eso yo creo que un libro sólo es bueno en la medida en que nos trae un diálogo latente, en que sentimos que el autor sabe imaginar concretamente a su lector y éste percibe como si de entre las líneas saliese una mano ectoplásmica que palpa su persona, que quiere acariciarla —o bien, muy cortésmente, darle un puñetazo (ORTEGA 1966, 114-5)

El diálogo platónico es el género por excelencia de la filosofía, pero su éxito depende de su inserción en un contexto histórico y cultural fuera del cual pierde su sentido. Ciertamente, hay algo universal en el diálogo que viene a ser la esencia de lo fundamental de la actitud filosófica, la comprensión. Gadamer explicaba en *Verdad y Método* que la experiencia hermenéutica tiene la estructura del diálogo y se articula en una dialéctica de pregunta y respuesta (GADAMER 1977, 439 y ss.). Por ello, esa experiencia dialogal de intercambio enriquecedor de preguntas y respuestas puede darse en otras épocas en otros formatos.

De hecho, la reflexión filosófica no es patrimonio exclusivo de los “filósofos”. Se defina como se defina aquello que es común a los autores etiquetados como tales, hay mucho de reflexión filosófica en la producción de muchos autores encuadrados en los diferentes géneros literarios de la antigüedad. El descubrimiento del sujeto en la lírica monódica más personal, y también la toma de conciencia de la dinámica de la historia y la política, tanto en la épica como en la elegía, la lírica coral, la tragedia... En clave de humor, la comedia toca mucho de los hilos fundamentales sobre qué somos y cómo situarnos en la vida y en la relación con los demás. El grado de reflexión filosófica en la tragedia es también encomiable, así como en la labor de los historiadores. Entre los trabajos que se publican a continuación se incluye “Conocimiento y desmesura en *Ayante*: algunas reflexiones filosóficas”, donde Fernando Pérez Lambás nos ayuda a acceder a la profunda dimensión filosófica de la figura del héroe homérico Ayante incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos, a diferencia de su rival Odiseo, fértil en recursos. Ayante inerme ante los embates de las circunstancias, cae en el ridículo y la locura y acaba quitándose la vida. Se centra, en especial, en la contraposición entre conocimiento e ignorancia, que se manifiesta en el léxico y en las estructuras y motivos que se emplean y se repiten a lo largo de esta magnífica tragedia sofoclea.

La literatura antigua, en un grado más alto quizás que en otras épocas, está atravesada por reflexiones y actitudes filosóficas. La distinción entre ambas

que se fue estableciendo paulatinamente en nuestra cultura nunca acabó de separarlas, como las semillas en el mundo de Anaxágoras, donde en todo hay parte de todo, y cada cosa es aquello de lo que más hay. El mismo Aristóteles señalaba en la *Poética* el potencial filosófico de la poesía, con su capacidad de elaborar modelos a través del poder de la ficción, lo verosímil, que permite al poeta despegarse del mero relato de los hechos⁸.

Lo mismo sucede con la tradición científica. En realidad, las figuras del científico y el filósofo no se separarán hasta la disociación entre Alejandría y Atenas en el periodo helenístico. Hasta entonces no habrá algo parecido a nuestros científicos e ingenieros. Los dedicados a las ciencias formales, *oi mathematikoi*, que conocemos son difícilmente separables de la tradición pitagórico-platónica. La filosofía natural fue cultivada también por pensadores que tenían el perfil de filósofos: los llamados *physikoi* por Aristóteles, los propios miembros del Liceo, importantes representantes de algunas ramas del estoicismo como Posidonio y epígonos del atomismo que se mezcló ulteriormente con la tradición epicúrea. La medicina desde temprano cultivó también una rama especulativa próxima a las indagaciones filosóficas junto a otra más empírica y atenta a los síntomas. De hecho, el texto más antiguo en el que se nombra la palabra “*philosophia*” es un tratado médico en el que el autor —de la línea empirista— se queja de las especulaciones y elucubraciones de algunos a la hora de tratar de las enfermedades. Los prácticamente de esa *philosophie* —nuestro médico alude a ella en dialecto jonio— son seguramente partidarios de Empédocles, médico, filósofo, líder religioso, taumaturgo y político. A esto habría que añadir también la tradición astronómica, muy cercana a la matemática en muchas de sus principales vertientes. La mayor parte de la práctica científica se transmitió a través del uso de la prosa, las *téchmai* que empiezan a proliferar a finales de la época arcaica y que con el tiempo dieron lugar al manual y la monografía especializada (GOLDHILL 2002). No es esta, sin embargo, la única vía de transmisión de conocimientos que usó la ciencia antigua. También usó la poesía, apta para usos didácticos, memorísticos y divulgativos. Como es sabido hay incluso quienes afirmaron que la conservación de conocimientos especializados era uno de los propósitos de la épica tradicional. Aunque hoy día se suele vincular la inclinación del autor de la *Iliada* y la *Odisea* por las características de la lengua empleada, todavía pobre en términos genéricos y mucho más apta para recoger detalles y acciones concretas, posiblemente hubo algo de ese interés recopilatorio en estas primeras manifestaciones literarias que llevaron a Milman Parry (1987) a hablar de la “enciclopedia homérica”. En verso escribió un filósofo natural como Empédocles, y también un astrónomo como

⁸ Aristóteles, *Poética*, 1451b 5-7. Habría que matizar cuidadosamente las palabras aristotélicas sobre la historia. Toda historia es mucho más que un relato de lo que sucedió e incorpora una dimensión narrativa que es en esencia genuinamente poética.

Arato de Soles. La recepción del atomismo en el renacimiento y el barroco quedó asegurada por la magnífica *De rerum natura* de Lucrecio, también en verso.

La prosa historiográfica tiene también una profunda dimensión filosófica. Heródoto consigna en sus *lógoi* un interés profundo por las manifestaciones religiosas, políticas y culturales de todo tipo de los países y lugares que describe que también son un capítulo de inquietudes antropológicas y teóricas. Su obra también es una mezcla de géneros. En sus *lógoi* hay anécdotas de todo tipo y muchas veces el relato se transforma en animados diálogos y escenas cuya agilidad y viveza no desdice de las obras dramáticas. En cuanto a otros historiadores, la búsqueda de las causas de los acontecimientos, como señalaba Tucídides, no abandonó nunca a escritores tanto griegos como latinos.

Naturalmente, no se trata solamente de que haya mucho de filosofía en la literatura griega antigua. A la inversa, los filósofos antiguos como hemos ido viendo, también eran literatos.

Aunque se pueda hablar de la filosofía como de un género literario propio, los filósofos en la antigüedad no se restringieron al género dialógico, sino que emplearon un amplísimo abanico de modos estandarizados de expresión. Sin ánimo de exhaustividad podemos repasar algunos de los formatos que emplearon para dar curso a la reflexión filosófica.

Hemos hablado ya de la poesía didáctica y del uso de la máxima en los filósofos presocráticos. El discurso retórico también es un instrumento oratorio empleado por los llamados sofistas y también por filósofos de todo tipo, comenzando por el propio Platón.

Cercano a los usos de la prosa científica se encuentra también lo que con el tiempo será el tratado. Sus rudimentos están en los primeros presocráticos, que recurrieron —no siempre, como hemos mencionado— a la prosa. Los escritos compuestos en apoyo de la actividad docente de Aristóteles tanto en la academia como el Liceo, los llamados escritos acroamáticos, tuvieron también una fuerte presencia en la literatura posterior, una vez que fueron editados en el siglo I a. C. por Andrónico de Rodas. Aristóteles empleó también otros géneros. Usó como medio de comunicación de contenidos filosóficos el discurso de consolación, el diálogo y también cultivó con éxito el género protréptico, de incitación a la práctica de la virtud.

Tanto los diálogos platónicos como los tratados aristotélicos proporcionaron un volumen de textos tan impresionantes y cargados de contenidos que el trabajo con ellos llevó a una ardua labor de comentarios que se mantuvo sostenida en el tiempo y cultivada por personajes pertenecientes a un amplio abanico de corrientes filosóficas. Las introducciones y comentarios a estos textos se convirtieron en un canal de transmisión de conocimiento e interpretaciones, y también de especulación filosófica original. Buena parte de las contribuciones

del aristotelismo posterior tienen este formato, y también adopta la forma del comentario la labor filosófica de muchos filósofos de la corriente neoplatónica. Las Eneadas son un conjunto de comentarios a los textos de Platón, en su mayor parte, y los comentarios de Proclo a muchas obras del *corpus platonicum* ocupan un merecido puesto de honor en la historia de nuestra tradición filosófica. En este volumen José María Zamora nos ilustra sobre un género literario especialmente relevante en la formación en las escuelas neoplatónicas, como son los *Prolegómenos a la filosofía*. Este tipo de textos se empleaban para proporcionar una formación liminar a los alumnos. Eran previos al enfrentamiento de los estudiantes con la *Introducción a las Categorías de Aristóteles* y al estudio de los tratados lógicos del estagirita, antesala del núcleo fundamental de su formación, que no era otro que la lectura de los diálogos Platónicos. En los *Prolegómenos* —conocemos los de Olimpiodoro, David, Elías, Pseudo-Elías, en la escuela alejandrina— se presentaban diferentes concepciones de la filosofía y se abordaba también las partes que la componen.

Además del diálogo, los escritos en prosa de tipo acroamático y los manuales, junto con los comentarios, los filósofos usaron muchos otros géneros. El entorno de los discípulos menores no solamente forjó los *lógoi sokratikoi*, del que el diálogo platónico es una variante. El propio proceder socrático y su uso de la ironía inspira un tipo de comentario humorístico y en buena medida sarcástico que encontró un buen caldo de cultivo en la escuela cínica, y en la tradición escéptica posterior. De hecho, la imbricación de la diatriba cínica y los *silloi* escépticos que cultivaba entre otros Timón de Fliunte surgirá la sátira, uno de los géneros más celebrados en el mundo romano⁹. Sobre las bases teóricas del tipo de discurso empleado por el cinismo, su dimensión retórica y su importancia para el surgimiento de la sátira se ocupa Ignacio Pajón en su trabajo “La retórica cínica y la construcción de lo satírico” en estas páginas.

La propia historiografía filosófica surgió de la necesidad de acumular la información disponible sobre los diferentes temas de investigación en el seno del Liceo. Se trata de la tradición doxográfica, consistente en escritos que contenían conjuntos de opiniones de diferentes pensadores acompañados de unas pocas citas y alguna noticia biográfica. El éxito de esta práctica es la causante de la mayor parte de los conocimientos de que disponemos de la filosofía antigua.

Los filósofos usaron también el formato de la correspondencia epistolar. La famosa *Carta VII* del *Corpus Platonicum*, auténtica o no, es un documento del máximo interés que nos aporta luz sobre las condiciones históricas y políticas en que se desarrolló el pensamiento del fundador de la Academia y sobre su relación sobre los poderosos de su tiempo, a la vez que nos alecciona sobre la enseñanza de la filosofía y las posibilidades de su transmisión. Aunque

⁹ Sobre la evolución de la diatriba a la sátira (UNTERSTEINER 1980, 74 y ss.).

para muchos, las cartas de Platón no son auténticas, nadie puede negar que ese importante documento se elaboró en el entorno de la Antigua Academia, a tenor de la precisión de los datos y referencias que contiene. El formato de la carta es también el escogido por Epicuro, que consignó en varias de ellas lo fundamental de su pensamiento. Dado el carácter popular de la filosofía del jardín, los epicúreos usaron también la máxima, la poesía didáctica, y hasta las inscripciones en piedra.

También es muy amplio el repertorio de recursos empleados por la otra gran corriente helenística, el estoicismo. Aunque es posiblemente la más técnica de las filosofías helenísticas y sus miembros usaron con frecuencia el tratado, los estoicos emplearon con asiduidad el género dramático, el diálogo filosófico y la poesía. El impresionante himno a Zeus de Cleantes es una de las piezas maestras de toda la filosofía antigua¹⁰. El autor consigue en él aunar el contenido filosófico con un sentimiento de comunidad con el todo y con los demás que va más allá de la mera teoría y engarza con la visión estoica de la virtud y con la felicidad como la práctica de ésta. Es una obra que emplea todos aquellos registros emotivos que temía Platón en aras de un proyecto virtuoso racional. El mismo expediente será utilizado por otras corrientes, como por ejemplo los himnos de Sinesio de Cirene y los otros neoplatónicos. Por otra parte, muchos de los tratados de los antiguos estoicos preludian el formato del moderno ensayo. Aunque el ensayo es el género moderno por excelencia, el hallazgo de Montaigne y Bacon tiene unas profundas raíces que se extienden desde los diálogos platónicos hasta la obra de Cicerón, Séneca y muchos otros¹¹. En el caso concreto del pensamiento estoico, Francisco Arenas Dolz ofrece aquí su contribución “Séneca: de la filosofía práctica a la literatura de autoayuda” que incide, no solamente en cómo la literatura estoica es expresión del modo de entender la filosofía como arte de la vida en esa corriente, sino que revela cómo además el estoicismo ha ejercido un profundo influjo en el pensamiento posterior y en la actualidad deja sentir su impronta en la moderna filosofía terapéutica y en la literatura de autoayuda.

En definitiva, hablar de géneros literarios y filosofía antigua obliga a tomar en consideración prácticamente todas las formas de expresión que se emplearon en la antigüedad clásica. La tradición literaria griega y romana nos brinda un rico conjunto de textos, sobre los que se asienta el diálogo con el pasado que mantiene viva nuestra cultura.

¹⁰ Encontramos un excelente comentario del Himno a Zeus de Cleantes atento a su vertiente literaria en Gagin (2004, 145 y ss.).

¹¹ Sobre el tema (BESA CAMPRUBÍ 2014; GUTIÉRREZ POZO 2019; y también el trabajo “Tratato/Saggio” de F. D’AGOSTINI en D’ANGELO 2012, 275 y ss.).

BIBLIOGRAFÍA

- BESA CAMPRUBÍ, C. 2014, "El ensayo en la teoría de los géneros", *Castilla. Estudios de Literatura*, 5.
- BORGES, J. L. 1980, *Prosa Completa*, vol. 2, Barcelona: Bruguera.
- BORGES, J. L. 2000, *Narraciones*, Buenos Aires: Emecé Editores.
- CASTILLO MERLO, M. 2021, "Filosofía y Literatura: El rol de la distinción *phýsis* y *tékhnē* en la construcción de los géneros literarios", *Revista Latinoamericana de Filosofía*, 47, 21.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, P. J. 1985, "La historicidad del género literario en filosofía: el caso de Ortega", *Cuadernos salmantinos de filosofía*, 12: 355-62.
- CHERNIAVSKY, A. 2012, "La filosofía como rama de la literatura: entre Borges y Deleuze", *Tópicos*, 24.
- D'ANGELO, P. (ed.) 2012, *Forme letterarie della filosofia*, Roma: Carocci Editore.
- FRÄNKEL, H. 1993, *Poesía y filosofía de la Grecia Arcaica. Una historia de la épica, la lírica y la prosa griegas hasta la mitad del siglo quinto*, Madrid: Visor.
- GADAMER, H.-G. 1977, *Verdad y Método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca: Sígueme.
- GAGIN, F. 2004, "Géneros literarios y filosofía antigua", *Estudios de Filosofía, Universidad de Antioquia*, 30.
- GENTILI, B. 1995, *Poesia e pubblico nella Grecia antica. Da Omero al V secolo*, Roma: Editori Laterza.
- GOLDHILL, S. 2002, *The Invention of Prose*, Oxford: Oxford University Press.
- GUTIÉRREZ POZO, A. 2019, "Aproximación a la definición del ensayo como género filosófico: reflexión crítico-literaria sobre el mundo vital mediadora entre arte y ciencia y con voluntad de verdad", *Unisinos Journal of Philosophy*, 20(2):128-37.
- LYONS, M. 2012, *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental*, Buenos Aires: Editorial del Calderón.
- MARÍAS, J. 1954, *Ensayos de teoría*, Barcelona: Editorial Barna.
- ORTEGA Y GASSET, J. 1966, *Obras completas*, vol. IV, Madrid: Revista de Occidente.
- ORTEGA Y GASSET, J. 1965, *Obras Completas*, vol. IX, Madrid: Revista de Occidente.
- PARRY, A. (ed.) 1987, *The Making of Homeric Verse: The Collected Papers of Milman Parry*, Nueva York y Oxford: Oxford University Press.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. 1989, "La filosofía griega como género literario", M. CRUZ, M. GRANADA y A. PAPIOL, *Historia, lenguaje, sociedad. Homenaje a Emilio Lledó*, Barcelona: Crítica.
- RIU, X. 2003, "Sobre los géneros literarios en la literatura griega", *Myrtia*, 18: 21-56.

- TODOROV, T. 1996, *Los géneros del discurso*, Caracas: Monte Ávila Editores.
- UNTERSTEINER, M. 1980, *Problemi di filologia filosofica*, Milán: Istituto Editoriale Cisalpino-La Goliardica.
- FONNEGRA OSORIO, C. P. 2013, “Martha Nussbaum: la relación entre literatura y filosofía desde una perspectiva aristotélica”, *Katharsis*, 16: 245-65.
- VÁSQUEZ, M. M. 2011, “Metarrelatos, espejos y mundos posibles en Tlön, Uqbar, Orbis Tertius de Borges”, *Acta Literaria*, 42: 9-31.
- VÁSQUEZ, M. E. 1977, *Borges: imágenes, memorias, diálogos*, Caracas: Monte Ávila Editores.